



## CANTO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. — Reune Gabriel á los ángeles y á los resucitados en torno de la tumba del Mesías para que presencién su resurrección. — Dudas del Romano encargado de la custodia del sepulcro. — Unese el alma de la hermana de Lázaro á los demas inmortales. — Obaddon saca del mar Muerto á Satan y á Adramelec, y les hace elegir entre volver á los infiernos ó pasar á situarse cerca del sepulcro de Jesus. — Despierta el Mesías del sueño de la muerte recibéndole los ángeles y los resucitados con cánticos de triunfo. — Bajan de las nubes muchos bienaventurados á glorificar al Salvador del mundo. — Juzga Jesucristo al espíritu de un pagano que acaba de morir. — Manda Gabriel á Satan que vuelva á los infiernos. — Los Romanos que custodiaban el sepulcro van á dar cuenta al Sanedrin de lo que les ha acontecido. — Suicidase Filon y Obaddon arroja su alma á los infiernos.

•••••

Reunidos en el valle mismo, donde en otro tiempo les sorprendió el sueño de la muerte, continúan los patriarcas gozando de las inefables alegrías de su reciente resurrección. Vuelan los ángeles en torno de la tierra bendiciendo á la especie humana, por el sacrificio de la Redención reconciliada con su Creador: pero dolorosas emociones enturbian su gozo y con frecuencia agitan las purpúreas alas empañadas por los vapores de la tierra como sacude el caminante el polvo de sus pies.

Gabriel guarda la tumba de Cristo. Elohá está de pié sobre uno de los soles que rodean á los cielos.

Súbito el primero se lanza al espacio para buscar el signo de la resurrección; fijanse sus ojos con gozosa impaciencia en la mayor de las estrellas, que brillando con insólito resplandor arrojan en cada uno de sus rayos un torrente de luz. Vuelve á bajar á la tierra el arcángel y, deteniendo el vuelo sobre el valle de Mambré, con voz terrible como la tempestad cuando tala los montes y arruina las ciudades, grita:

« ¡Seguidme todos al mas santo de los sepulcros! »

Los ángeles y los patriarcas rodean la tumba del Dios que murió por salvar á los hijos de Adán. Gabriel está sentado sobre aquel sepulcro, y el ángel de la muerte, aquel mismo á quien Jehová ordenó

que hiriese al Mesías, se acerca temblando, se arrojó en los brazos del arcángel y dice:

« ¡Ay, celestial hermano! ¡Solo para mí es aun de noche, solo para mí tiembla y se estremece aun esta tierra santificada! Desde que existen los orbes ejecuto con valor y resignación las órdenes que se digna darme el Eterno, pero mis fuerzas me han abandonado desde que ejecuté su voluntad en la postrera víctima que hirió mi brazo. Aliéntame, Salvador divino, tú que vas á salir del sepulcro á donde yo te he hecho descender para sentarte á la diestra de tu padre. »

Dijo, y sombríamente silencioso fué á apoyarse en la mas negra de las piedras del sepulcro mientras que los ángeles y los patriarcas hablaban de la próxima resurrección del Mesías.

« ¿Despertará con el sol? Preguntó uno de los patriarcas. ¿Embellecerá con un destello de su magnificencia el rico adorno con que la primavera engalana á la tierra, ó permanecerá esa dormida cuando salga su Salvador de las sombras de la muerte? ¿Cuando salga el Señor de su sepulcro reducirá el mundo á tan imperceptibles átomos como los que el céfiro arrastra en su carrera? ¿La negra roca que forma la bóveda de su tumba volará al cielo cuando el vencedor de la muerte levante su cabeza del polvo donde yace? ¿Bastarán nuestras fuerzas á soportar el resplandor de su glo-

ria? Apenas caben en mi debil corazon los dulces temores, las inefables esperanzas que lo inundan. »

Abrahan entonó á su vez este canto de triunfo y de felicidad :

« Yo veré al vencedor de la muerte, al Dios que se ha sacrificado por salvar á la humana especie; le veré salir del sepulcro y volver á entrar en la vida eterna. »

Dijo, y la luna, hasta entonces cubierta de nubes, lució brillante y pura; mas casi inmediatamente volvieron los negros vapores, que vágaban en la atmósfera á agruparse en torno de la reina de la noche, interceptando de nuevo sus bienhechores y dulces rayos.

En aquel momento pasan no lejos del Gólgota, algunos peregrinos que habiendo venido á Jerusalem con sus mugeres é hijos para celebrar las fiestas de la Pascua, y deseosos de regresar pronto á sus hogares caminan apresuradamente, pero descuidados y alegres. Al atravesar el círculo que los inmortales formaban en torno del sepulcro apoderóse de los caminantes santo é incomprensible terror, y huyeron sin saber lo que temian ni cual era el peligro que evitar deseaban. En la confusion de aquella fuga perdióse un niño cuya voz llamaba en vano á sus padres ya lejanos; pero un angel tendiéndole la diestra lo llevó hasta su madre y desapareció despues en las sombras de la noche. Cuan-

do aquel angel protector volvió á ocupar su puesto al lado de David acogióle el santo rey con una sonrisa de gratitud diciéndole :

« Aquel cuya resurreccion esperamos hará por todos los pueblos de la tierra lo que tú acabas de hacer por esa debil criatura. ¡ Resurreccion! palabra sublime que nunca comprendereis vosotros, ó seráfines, cuyos espíritus puros estan al abrigo de los golpes de la destruccion, pero que comprende bien el hijo del Eterno que se ha condenado á sí mismo á morir como un hijo del polvo. Pronto, sí, pronto se despertará. »

Diciendo así se arrojó en los brazos de Assaph<sup>1</sup>, y clavó sus resplandecientes ojos en el sepulcro de Cristo, como un mortal virtuoso los clava en el cielo cuando en sus piadosas meditaciones recuerda los beneficios del Salvador.

Brilla el rostro de David con resplandor mas vivo que nunca; lanzan sus ojos divinos destellos, y su voz, acompañada por los acentos de su lira, canta este profético Salmo:

« Tú que revelarás al mundo el porvenir que le espera, autor futuro del Apocalipsis, un día en las playas de Patmos verás en lo alto de los cielos, un

<sup>1</sup> Cantor de David y gran músico á quien el rey profeta confió primero sus salmos para que los cantase en el tabernáculo. (Paralipomenon, lib. I, cap. 16.) — T. F.

cordero lleno de resplandecientes llagas, y en torno de él legiones de pecadores redimidos por su sangre con, el nombre del padre escrito en sus frentes, y pulsando con sus manos arpas poderosas cuyos acentos acompañarán á los himnos que cantan á la gloria del hijo <sup>1</sup>. Así le hemos visto nosotros cuando espiró en la cruz. ¡Ay! ¡dormido estás aun, cuerpo del increado! No existiais todavía seráfines cuando ya, sondeando su pensamiento los abismos del porvenir, derramó sobre la primitiva forma de la creacion el reflejo de su sacrificio. Dormirán los mortales en el sueño de la muerte, como él tambien ha dormido. ¡Luego resucitarán todos!... ¡Demasiado tiempo ha sido para el mundo dudoso crepúsculo la luz celestial: lució por fin el día! Vosotros todos testigos de su muerte referídsela á los valles del cielo, á las moradas de la tierra, á los abismos de los infiernos para que esos abismos se estremezcan y se hundan mas y mas en los horribles senos de su profundidad... El Hombre-Dios va á levantarse del polvo de la tumba, y á mostrarse en toda su magnificencia. Llegad, cuantos habeis dado de él testimonio en la tierra, apresuraos, que ya las moradas de la eterna paz estan abiertas, que ya las palmas celestiales se inclinan y os llaman. Pronto va á correr vuestra sangre,

<sup>1</sup> Imitacion del cap. XXII del Apocalipsis. — T. F.

pronto va á terminarse vuestra gloriosa carrera. ¡No clames venganza, ó sangre de los mártires como la pidió en otro tiempo la sangre de Abel: no pidas mas que coronas inmortales! Prontas estan las vuestras, ya os esperan á tí Estevan y á tí Santiago <sup>1</sup>: la aurora de la salud luce apenas y ya triunfais.»

Así cantó David, pero el exceso de su alegría poniendo límites á la inspiracion, le obligó á callar y enmudeció su arpa. A su vez se levanta José é inclinándose á Benjamin, el mas amado de sus hermanos, le cubre con la palma que en la mano lleva:

«Gozo inefable inunda mi corazon cuando el pensamiento me representa aquel momento dichoso en que el Eterno me permitió deciros á todos: *Yo soy José, ¿vive mi padre todavía?* ¿Que será lo que esperimente cuando te despojes del negro velo de la muerte, ó tú, divino hermano de tantos desdichados que con tu sangre redimes? Muéstrate en todo el esplendor de tu magnificencia. Nunca te hemos desconocido nosotros en tu voluntario abatimiento: mas ten piedad aun de aquellos que no te llaman, porque no te conocen, y apresura el vuelo del dichoso día que ha de reve-

<sup>1</sup> El apostol Santiago y san Esteban fueron, en efecto, los primeros mártires del cristianismo. — T. F.

larte á la tierra entera. El que ha creado los ojos ve; oye el que ha creado los oidos; ¿ como no ha de ser todo indulgencia todo misericordia el que ha creado el corazon? Él reunirá todos los pueblos bajo la santa bandera de la salvacion. Abrahan, Isaac, y tú Jacob, en vano buscan vuestros ojos en medio de esa alegre cohorte á vuestro futuro linage, que fué en otro tiempo el elegido del Eterno. Contened vuestras quejas, vuestros gemidos; y esperad... La hora destinada para que conduzeais á vuestros hijos todos á los pies de la víctima del Gólgota, es un misterio hasta para las inmortales, pero llegará esa hora tan deseada, y entonces se habrá cumplido el porvenir de los pueblos; entonces les dirá el Salvador: *conocedme, yo soy Jesus*; y á todos los cubrirá con la blanca túnica de la inocencia, con la sangre de la redencion salpicada; y volarán los mensajeros del cielo de estrella en estrella anunciando al astro brillante, que por fin aparecerá en el horizonte sobre los desiertos del empireo. Postaránse los cielos ante su dueño y cantos de gloria celebrarán la bondad infinita del Salvador. »

Calló José y los acentos de las arpas y salterios que le habian acompañado uniéronse á otros cantos, cuyas celestes armonías ora impetuosas y terribles como el rugido del Océano, ora blandas y halagueñas como el murmullo de un manso arroyuelo, solos los inmortales percibian. No son los

himnos del cielo producto, cual los de la tierra, de pasagera inspiracion, sino del primitivo espíritu y de la intuicion divina; y por eso ligan con el Creador al pensamiento de sus criaturas. Si alguna vez puede un simple mortal oír tales cantos, es solo en el instante en que se prepara el alma dejando la tierra á regresar á su patria celestial.

Prosigue durmiendo el divino cadaver y los ángeles y los Resucitados en sus cantares, porque su felicidad no ha llegado aun á aquel punto en que solo pueden servirla de intérpretes las lágrimas de un éstasis silencioso.

Sobre una resplandeciente nube descende al monte de los Olivos el profeta Ezequiel, cuya voz severa y poderosa cautiva la atencion de los inmortales allí reunidos.

« En otro tiempo me ví rodeado de secos huesos, y mandome el Señor que les dijera: « Escuchad, muertos, la voz del Eterno. » Obedecí, y un viento misterioso pasó por la tierra; y uniéronse los secos huesos; é inoculóse la vida en los esqueletos, y resucitaron los cadáveres. Terrible y sublime es el recuerdo de aquel instante: pero mas sublime aun el de mi reciente resurreccion. Gloria á tí, Salvador divino, que me has despertado del sueño en que aun duermes tú. Quiso tu padre que murieses, mas no dejará que sea su hijo presa de la destruccion. La cosecha que se prepara mayor será que la

que vieron mis ojos, mas importante que la que madura para el dia en que ha de sonar la temida trompeta. Una sola espiga compondrá la cosecha que se prepara, y esa será con todo mas rica y abundante que la inmensa del postrero dia. ¡Si la espiga única no madurase, nunca diera el metal sonoro la señal de la universal cosecha. Salud y gloria á tí, celestial espiga : á tu sombra se acogerán los cielos ; para la muerte sola no habrá lugar en ella ; y desaparecerá en la nada la terrible enemiga del género humano y conquistarás su imperio para tu padre á fin de que Dios lo sea todo y esté en todo !»

Así cantó Ezequiel, y los ángeles y los resucitados repitieron en coro : « Que Dios lo sea todo y esté en todo. »

Separándose el hijo de Amós del luminoso círculo de los inmortales desciende sobre el Gólgota y se detiene al pié de la cruz. Daniel le sigue de cerca : los dos profetas se miran, se adivinan el pensamiento, pulsán las cuerdas de su salterio y comienzan á cantar Isaias :

« Aquí es donde ha padecido todos nuestros males, aquí es donde ha sufrido todos nuestros dolores ; y ciegos los hombres creían que expiaba sus propios pecados. »

Y responde Daniel :

« ¡Por nosotros ha padecido, por nosotros ha

muerto ! Para darnos la paz y la felicidad le hirió la terrible cuchilla ; su divino sacrificio está consumado. Helos ahí que nacen los vasallos de su reino ; innumerables son como las gotas del rocío de la mañana. Va á despertarse para nueva vida ; para nueva vida que será la eterna bienaventuranza. Esparciráse por el universo su sabiduría iluminando á los hijos del polvo y haciéndolos dignos de heredar la magnificencia de su Salvador, porque el Salvador ha redimido los pecados del mundo. »

Calla Daniel y vuelve á decir Isaias :

« Mientras le atormentaban sus verdugos guardó silencio ; guardó silencio cuando le arrastraron al sepulcro, el cordero sin mancha. Murió como los criminales mueren, porque se habia cargado con todos los delitos del linage de Adán ; desgarró su alma la mas terrible de las agonías ; mas va á despertarse y á coger el fruto de su sacrificio. La eterna justicia atajó para siempre la senda de la trasgresion á las divinas leyes ; redimido está el pecado y de nacer acaba la salud. ¡ Gloria al Hombre-Dios cuya es tan inmensa obra ; ungióle su padre sobre la cima del Gólgota ; sí, el ungió del Señor es el divino muerto del Gólgota ! »

Y como el murmullo de la brisa del cielo cuando agita las hojas del arbol de la vida, repitió suavemente el coro de los inmortales. « Ungióle su

padre sobre la cima del Gólgota, sí, el ungido del Señor es el divino muerto del Gólgota! »

Los Romanos que custodiaban el sepulcro son relevados por los que mandaba Eneo, el mismo que vió espirar á Jesus, y que en aquel momento supremo sintió temblar la tierra bajo sus plantas.

Mientras que los soldados miraban atenta y temerosamente la losa que, artísticamente unida á las rocas, cerraba el lecho sepulcral de la víctima inmolada en la cruz, Eneo, agitado por una vaga inquietud y asaltado de amargas dudas, paseábase grave y melancólico no lejos de los suyos. La soledad, el silencio, los fantásticos efectos de la luz de la luna, ya velada entre nubes, ya inundando la tierra en sus misteriosos destellos, cuanto le rodea en fin, parece hallarse en armonía con su pensamiento, arrastrado por un poder irresistible á penetrar cada vez mas en un laberinto sin salida.

« ¿Era en efecto hijo de algun Dios? se preguntaba á sí mismo; ¿y de qué Dios? ¿Del de Israel?... ¿Merece este pueblo cuya conquista nos ha sido tan facil conocer al verdadero Dios?... ¡Oh pueblo Hebreo, pueblo de esclavos! ¡Tan pequeño, vil y despreciable eres en tí mismo, cuanto grande por el Dios á quien llamas Jehová!... ¿Pero quien me responde de que sean ciertos los milagros que se atribuyen á ese Jehová? Si de ellos dudo ¿porqué no lo haré tambien de las prodigiosas aventuras

de Júpiter?... Sin embargo, si el Nazareno fuera en efecto hijo del gran Jehová ¿hubiera muerto? ¿Y si no es mas que un simple mortal, que Dios es el que le ha dotado de tanta virtud y de tan sobrehumanas fuerzas? »

En esto llegó un esclavo de Pilatos á interrumpir sus reflexiones diciéndole en voz sumisa :

« Valeroso Eneo, la noble Porcia me envía á preguntarte si todo está tranquilo en torno de este sepulcro, y si alguien se ha acercado al divino cadaver. »

El centurion responde :

« Vuelve y dí á tu ilustre señora que todo está tranquilo en torno de este sepulcro, y que nadie se ha acercado al divino cadaver. Dile tambien que mi espíritu está cruelmente agitado, porque sin cesar me preguntó á mí mismo si resucitará ó si duerme para siempre. Vuelve á tranquilizar á la ilustre Porcia de quien sé que tambien como yo espera con ansia el desenlace del misterioso destino del mas virtuoso de los hombres. »

Partió el esclavo, y Eneo dijo para sí arrepintiéndose de no haber llamado á Jesus con el nombre que su conciencia le dictaba :

« No, no es solamente el mas virtuoso de los hombres, sino mas todavía, es el Hijo del mayor de los dioses !... ¿Mas qué digo? Reniego á Júpiter y le pospongo á Jehová á quien no conozco... ¡Oh

sí! le conozco; cierto es cuanto de él se dice. Si los hijos de Israel, tantas veces vencidos, hubieran adorado á Júpiter, la imagen de este y sus mentidos rayos cayerán deshechos como cayó la estatua de Dagon '... Mi pensamiento se extravía. ¿Qué irresistible poder es el que me impele á sacrificar los dioses de mis padres á ese terrible y desconocido Dios? ¡Oh Júpiter! ¡si mayor es que el suyo tu poder aniquírame! Te lo ruego por las negras ondas del rio con cuyo nombre afirmas tus juramentos... ¿No vibras tus rayos? ¡Jehová, dignate revelarte á un desdichado que te busca y que te llama!... ¡Ay de mí! ¿porqué no he sido testigo de los milagros de Jesus; porqué no le he escuchado cuando hablaba de los hombres, de Dios, de sí mismo? ¿Iré á preguntarles á sus discípulos?... Son de oscura condicion, de ánimo simple y limitado talento. ¿Y no es mas digna de fe la simplicidad que aquella humana sabiduría que con tan sobrada frecuencia se pierde en las engañosas nieblas de la ciencia?... Jesus ha muerto y ya no me es dado ni verle ni oírle en la tierra: solo en otra vida mejor podré encontrarlo... ¿Hay en efecto otra vida?

' Idolo de Azot en el pais de los Filisteos. Cuando esos llevaron el arca santa al templo de Dagon hallaron á la mañana siguiente derribado á su idolo con la faz en tierra; y habiéndose repetido muchas veces el mismo milagro se decidieron en fin á devolverles el arca á los Israelitas. (Samuel, lib. I, cap. 5.) — T. F.

¿y si la hay, será para mí mejor que la presente?... Habiendo sufrido tanto, él que era inocente y puro, ¿qué no habrán de padecer los culpables!... Confundome en tan intrincados pensamientos... Cuando aun gemia sobre la cruz hubiera yo podido preguntarle... Ahora enmudeció para siempre... Pero ha prometido á los suyos que resucitará, y hasta sus enemigos lo creen puesto que nos hacen guardar su sepulcro... ¿Y si no sale de la tumba, quien disipará mis dudas, quien me enseñará la verdad?... El porvenir es ya para mí una noche sin estrellas. ¡Ah! ¿porqué las agudas flechas y matadoras lanzas á cuyos golpes me he espuesto tantas veces en los campos de batalla, me han respetado hasta aquí? ¡O inmortal Decio Bruto '! cuando te viste obligado á reconocer que para la virtud no habia ya mas que odio y persecucion, cogiste tu propio vengador acero... y yo he visto inmolar tranquilamente al mas virtuoso de los hombres! No, no es el

' Decio Bruto fué uno de los que dieron muerte á Cesar; y es verdaderamente singular que Klops'ock, cantor del Dios de amor y de misericordia, ponga en boca de un hombre que ya siente las primeras inspiraciones del cristianismo, el elogio de aquel suicida asesino de quien de beneficios le colmara. Tan deplorable ejemplo de las aberraciones á que el entendimiento humano está sujeto, solo puede explicarse recordando que en la época en que el poeta escribía sus versos, era tal y tanta en Europa la intensidad de la fiebre política, que bastaba á oscurecer á veces las nociones de lo justo y de lo injusto, aun para personas tan entendidas y cristianas como Klopstock. — T. E.



temor de la muerte el que me detiene, porque son demasiadas las veces que á su encuentro he corrido bajo las amenazadoras alas de nuestras águilas... Ardoen deseos de vengar á Jesus, y un poder misterioso me impide realizarlos. ¿Vacilaré acaso por un loco amor á mi vida?... ¡Ah! si así fuera, con qué gozo moriria yo por tí, noble víctima del Gólgota!»

Así se agita y atormenta Eneo buscando á la divinidad, pero en vano, porque la dulce estrella que ilumina los senderos de la verdadera sabiduría aun no se ha levantado para él sobre el horizonte.

Después de atravesar con el alma de la hermana de Lázaro los sombríos valles que conducen á la eterna vida, la introdujo su ángel custodio en la augusta asamblea de los resucitados; y Benoni, que fue quien primero vió á su nueva hermana, con voz tan suave, como la del amoroso canto que se pierde en los vapores de la noche, dijo :

« ¡Desdichada María! ¡tú no le has visto espirar! ¡Bienaventurada María! ¡tú le verás resucitar. Toma este salterio, y canta con nosotros la gloria del Eterno. »

Y la hermana de Lázaro responde :

« ¿Me es en efecto lícito unir mi débil voz á las de los inmortales, cuyas augustas frentes miro ceñidas de radiantes coronas?

— « Sí, María, repite conmigo el himno que Ezequiel acaba de enseñarme :

« La cosecha que se prepara mayor será que la que vieron mis ojos, mas importante que la que madura para el día en que ha de sonar la temida trompeta. Una sola espiga compondrá la cosecha que se prepara, y esa será con todo mas rica y abundante que la inmensa del postrero día. Si la espiga única no madurase nunca diera el metal sonoro la señal de la universal cosecha. ¡Salud y gloria á tí, celestial cosecha! ¡A tu sombra se acogerán los cielos; para la muerte sola no habrá lugar en ella, y desaparecerá en la nada la terrible enemiga del género humano, y conquistará su imperio para tu padre, á fin de que Dios lo sea todo y esté en todo! »

Y María responde con voz trémula de felicidad :

« ¿Cómo esplicar, ¡ó Benoni! las inefables delicias que enagenan mi espíritu? Aquel que da la vida y la muerte derramó sobre mí la copa de su misericordia, permitiéndome asistir á su resurrección en medio de vosotros sus elegidos. Hermanos de Jesus, amados hermanos míos, que amorosamente me recibís, hablad : ¿quien de nosotros se hubiera atrevido á esperar la indecible alegría de que juntos disfrutamos? No te limitas, ¡ó incansable Dispensador de los tesoros del cielo! á inundar-

nos de bienaventuranza, la haces además eterna; sí, eterna es nuestra dicha. Embriagador pensamiento, aun no puedo comprenderte en toda tu extensión; me trastorna tu grandeza. Tus criaturas, ¡ó incansable Dispensador de los tesoros del cielo! pierden su brillo ante el resplandor de tu eternidad, abrumadas bajo el peso de tus dones. Pero así lo quisiste antes de que fuera yo hija miserable de la tierra; así lo quisiste antes de que salieran de la nada los cielos y los orbes, hijos inmortales de tu pensamiento. Cuanto existe por tí se mueve y se eleva de escalón en escalón; porque cada criatura tiene su escalón que la ayuda á subir al través de la infinitud de los tiempos, de beatitud en beatitud siempre y cada vez á mayor altura hasta llegar al pie de tu trono, ¡ó infatigable Dispensador de los tesoros del cielo!»

Así cantó la hermana de Lázaro, y responde el coro de los inmortales:

« Antes, ¡ó Padre de los seres, principio de todo amor! antes que deje de correr el manantial de tu misericordia, la noche del caos hundirá á los mundos y velará los cielos. Al pie de tu trono está la fuente, el manantial divino, inmenso como la eternidad: surcan sus ondas, murmurando, los campos de la noche como los campos del día; braman y se precipitan á través de la creación, de mundos en mundos y de soles en soles; y los cielos oyen su

bramido, que repiten los cánticos de los bienaventurados; y los habitantes de los mundos escuchan su murmullo que predice la redención; y unos y otros beben en sus inagotables ondas el agua de la eterna salud. Apresuraos, vosotros, hombres y redimidos y hermanos del divino muerto, venid á saciar vuestra sed en el río de la salud. Trémulos son vuestros pasos, mas no importa, porque os sostiene el guía poderoso; sí, el más poderoso de todos, aun cuando su corazón se desgarró al pronunciar estas sublimes palabras: *Consumado está.* Ahora duerme en la tumba como jornalero activo que, después de un largo día de penoso trabajo, se aletarga con el crepúsculo de la noche... Sí, has dormido á la sombra de un cedro el León de Judá. Si no te hubieras embriagado, ¡ó Infierno! bebiendo el caliz de la celestial venganza, enmudecerías para no despertar á la divinidad dormida. Pero se despertará, se levantará á la sombra del cedro, se elevará hasta la diestra de su padre, y en su rápida carrera os hollará á sus plantas, infernales príncipes; la planta del león vengador, la planta del irritado cordero os deshará al pasar. Bajo la huella del león vengador, bajo la huella del cordero irritado se aumentará la aridez de los desiertos, y hundiránse los abismos más profundamente que nunca en la eterna noche.»

De esta manera anunciaron los inmortales al in-

fierno los castigos que se les preparaban, y aquel místico canto fué para Obaddon una señal misteriosa que le obligó á apartarse de la tumba de Jesus.

De nuevo emprendió su lúgubre vuelo el angel esterminador : llega al mar Muerto, desciende á sus desoladas orillas, envuélvese en nocturnas nubes, y llama con terrible voz á Satan y á Adramelec. Al sonar aquellos malditos nombres, estremecidas las negras ondas se hinchan y arremolinan; y una ola inmensa, estrellándose lentamente contra las rocas de la orilla, arroja en ella á los dos príncipes de las tinieblas, y retrocede inmediatamente como horrorizada del peso que acaba de sacudir.

Arroja lejos de sí el angel esterminador la nube que le envolvía, y esa, despues de estenderse sobre el negro mar, trepa lentamente por las rocas, y toma en fin asiento sobre la cima de la mas escarpada. Satan, reuniendo todas sus fuerzas, y con amarga ironía dice al angel esterminador :

« Esclavo bienaventurado, pues que eres casi tan poderoso como tu dueño, ¿qué mensaje me traes? »

Y Obaddon responde :

« Acuérdate de la época de tu rebelion. Prestábate entonces la inmensidad de tu crimen, un poder aunque efímero, terrible ; y sin embargo, solo

con el desprecio contesté á tus insultantes burlas. ¿Cómo no he de despreciarlas hoy que ya no eres nada? Adramelec, y tú Satan, escuchad lo que os mando en nombre del muerto que va á resucitar : regresad á los infiernos ó venid al pie del Gólgota. Seguid con los ojos la punta de mi flamígera cuchilla que hácia la tierra inclino, y tendreis la medida del tiempo durante el cual os será lícito contemplar al hijo del Eterno. Despues volveréis á caer en el polvo. ¡Contened vuestros bramidos, réprobos viles! No quiere vuestro dueño que le adoreis, para siempre os está prohibido gozar de tal dicha. Lícito os es tambien el no seguirme, pero entonces, os lo repito, es preciso regresar inmediatamente á los infiernos donde ya os esperan los amargos sarcasmos de los condenados que todos saben vuestra derrota y el triunfo del Mesías. »

Satan, con los ojos fijos en la temible cuchilla del angel de la muerte, permanece inmovil. Adramelec arranca de la costa un fragmento de la roca deshaciéndolo contra su frente de bronce, y su planta hierde á la tierra que se estremece y tiembla á tan terrible golpe. Quisiera el impío blasfemar del Eterno, mas su lengua se hiela, y Obaddon, agitando su espada de fuego, clama en voz tonante :

« ¡Seguidme al instante ó marchad á los infiernos! »